

Víctor Castro

Domingo Melfi y los jóvenes

Siempre, y en todas partes, la juventud literaria ha buscado ser acogida por los maestros, hallar en ellos la palabra que ponga en vuelo sus ilusiones. Aun espiritualmente, buscando la voz del más allá, al otro lado de los mares. Suele esa juventud sufrir desilusiones. Los maestros, generalmente los de menor jerarquía espiritual, rechazan, brutalmente, muchas veces, la nueva voz que viene, aquello que pugna por salir a la intemperie. Aquí, en Chile, por ejemplo, hay valores que, editadas sus obras en España, en toda América, en Moscú y en tal vez qué otras latitudēs, dicen, displicentemente, no conocer las nuevas expresiones literarias de nuestro país, destacando en cambio nombres de una medianía indudable. Cuesta, pues, encontrar al hombre en quien confiar. Al guía sincero, pero sobre todo, al que tenga la entereza de proyectar la obra del que viene llegando.

Por eso, la muerte de Domingo Melfi tiene que

afectar profundamente a los escritores más nuevos, a los que empiezan. Adentro de ese hombre alto, un poco tosco, que reía sinceramente, había un ser comprensivo. Las nuevas firmas aparecían en «Atenea», esta revista que dirigió durante tanto tiempo, y representaban, siempre, las más diversas tendencias estéticas. Ningún grupo más combatido y combatible, acaso, que el de «Mandrágora». Los integrantes de él estaban prácticamente imposibilitados para colaborar en cualquier diario o revista. Después, este grupo joven, soberbiamente, ni pisaba esas redacciones. Eso, después de todo, perjudicaba el conocimiento que debemos tener de nosotros mismos. Domingo Melfi, en cambio, publicó sus producciones, los acogió cada vez que le llevaron sus trabajos.

Y es que más allá del pequeño rencor, estaba la fuerza dignamente humana para medir las actitudes. Por algo Melfi era un verdadero escritor, un artista atento a las manifestaciones de los otros, que, claro, eran íntimamente, las mismas de él. Podría agregarse a ellos el conocimiento que poseyó, por la observación y el estudio, de nuestra vida ciudadana, circunscrita por extraños matices.

Y es que por esas observaciones pasaba la vida chilena en amplios caudales. La desintegración de una parte de nuestra ciudadanía, desintegración moral más que todo, retratada en los tipos de su último libro publicado «Tiempos de Tormenta», nos daban hasta

el detalle muchas veces invisible, que a sus ojos, sin embargo no escapó, tratándolo, por el contrario, haciéndole surgir, donde existían, raíces descompuestas, signo y símbolo de lo que caía al peso de tantas putrefacciones imprevistas. Resultaba duro, pues. Porque esa clase que él retrataba, arrastrándose en lujos y cobertores, pero entre abominables circunstancias, frutos de la corruptela que les invadía el pecho, tiene defensores gratuitos, ese defensor que la clase retratada repugna soberbiamente, porque le siente distanciado, fruto que no es de ella, vástago de aire no saturado por escudos y encomiendas...

En el terreno literario, las observaciones de Melfi fueron también de altas visiones.

En el «Viaje Literario» tocó, con la misma sutileza, los problemas y los aspectos que como escritor, le concernían sobremanera. El capítulo que dedica a Rubén Darío y a su permanencia en Chile, está lleno de sugerencias, amplio en informaciones profundas, de una humanidad conmovida, justamente dando a conocer el esfuerzo, la persistencia, el templarse el pecho que todo escritor nuevo cursa, debe cursar.

Un hombre que, como Domingo Melfi vió todo eso, lo sintió y dejó testimonio, tenía que tener franca, amplia actitud de compañerismo con los que empezaban. No es porque ahora sus huesos descansan en el silencio de la tierra. Es por la justicia que demostró, por esa rotunda sed de decir verdades, esas verdades

que, en el periodismo no pudo usarlas, pero que las cogió globalmente cuando analizó más hondamente sus tópicos humanos y espirituales, por lo que ahora acompañamos reverentes el secreto permanecer entre nosotros de este hombre que no tuvo reparos en ser amigo, compañero de ruta, destino, tránsito tal vez.